

**Contra la violencia**



**Kenshinkan dôjô 2020**

Existen la parte y el todo.

El todo que intentamos dilucidar es la violencia. La parte consiste en el hecho violento.

Miremos el todo sin olvidar la parte, una parte que, en el contexto del todo, no es sino un acontecimiento menor e, incluso, anecdótico.

Esta mirada hacia el todo necesitará, quizá, una gran dosis de valentía, valentía que exigirá, tal vez, la ausencia del yo.

La fortaleza que queremos definir no se mide en términos físicos. Es, antes que nada, un estado de ánimo.

Este estado está unido a la tranquilidad de espíritu, a una mente sosegada y a un cuerpo equilibrado.

Un hombre fuerte es, pues, un hombre tranquilo y equilibrado. Este es, a fin de cuentas, un verdadero *hombre de paz*.

La debilidad que pretendemos describir tampoco se traduce en el peso corporal, la altura o el tamaño de la musculatura, sino en ese impulso irrefrenable por alejarse de la propia naturaleza y demostrarse constantemente quién es uno en realidad.

Un hombre débil es, pues, un hombre impulsivo, inseguro y desequilibrado. Este es, en definitiva, un hombre al que podríamos considerar *violento*.

Si estamos de acuerdo con lo anterior, entenderemos que la violencia es una muestra de debilidad y la paz no ha de ser sino un signo de fortaleza.

¿Cuál es, pues, la mejor forma de contrarrestar la violencia?

Al hilo de lo anterior, la violencia, contestada con violencia, generará, inexorablemente, más violencia.

Por tanto, la violencia se corrige con el ejercicio de la paz.

Un hombre pacífico no ha de confundirse con un hombre pusilánime. Antes bien, un hombre pacífico puede convertirse en un hombre de acción si el momento lo requiere, de lo contrario estaría siendo violento consigo mismo por inacción.

La mejor contribución que podemos aportar para contrarrestar la violencia que existe es, a tenor de lo anterior, convertirnos en hombres y mujeres de paz.

Este es, en definitiva, uno de los axiomas del Budô, que no es sino: *“el arte de detener el conflicto”*.

Si hemos llegado hasta aquí y asumido lo anteriormente descrito, acordaremos que, salvo error, es imposible agredir a un hombre pacífico.

Hacerlo algo así, un hecho perfectamente real, iría contra esta ley natural que hemos argumentado.

Un *budoka* ha de ser, siempre, un defensor de la paz.

**Pedro Martín González**

**Kenshinkan dojo 2020**